

curidad. Pensó si sería algún ladrón. Era Buteau que había subido para acechar la muerte y que corría á anunciarla á Elisa.

### V.

Al día siguiente por la mañana, acababan de colocar en su ataúd el cadáver de Francisca, el cual se hallaba en medio de la habitación encima de dos sillas, cuando Juan se estremeció de indignación y de sorpresa viendo entrar juntos uno detrás de otro á Elisa y Buteau.

Su primer impulso fué echarlos de allí, echar á la calle á aquellos parientes despiadados que no habían ido á besar á la moribunda y que llegaban al fin cuando ya estaba cerrado su ataúd como si temiesen verse de nuevo en su presencia. Pero los otros individuos de la familia que había allí, Fanny, la Grande, lo detuvieron: aquello de armar disputas junto á un ataúd no traía buenas consecuencias; y luego ¿por qué? No se podía ni se debía evitar que Elisa se arrepintiese de sus rencores velando el cadáver de su hermana.

Y los Buteau, que ya habían contado con el respeto que se debía al cadáver, se instalaron tranquilamente. No dijeron que volvían á tomar posesión de la casa; pero lo hacían con la mayor naturalidad, como si la cosa se cayera de su propio peso, ahora que ya Francisca no estaba allí. Es decir, allí sí estaba, pero empaquetada para hacer el gran viaje, y sin estorbar más de lo que lo hacía cualquiera de aquellos muebles. Elisa, después

de permanecer un rato sentada como los otros, se olvidó de sí misma hasta el punto de ir abriendo los armarios y asegurándose de que las cosas no habían variado de sitio durante su ausencia. Buteau entretanto daba una vuelta por el establo y por el corral como hombre entendido que echa una ojeada de amo. Por la noche ya los dos parecían hallarse por completo en su casa, y no encontraban más obstáculo á sus planes que el ataúd donde se hallaba el cadáver de Francisca, porque colocado en medio de la habitación interceptaba el paso y les quitaba libertad. En fin, después de todo, una noche se pasa de cualquier manera y por la mañana temprano la casa quedaría libre de aquel estorbo.

Juan estaba abatido y sin saber qué hacer. Al principio la casa, los muebles, el cadáver de Francisca parecían ser suyos. Pero á medida que pasaban las horas, todo eso se destacaba de su persona, por decirlo así, y parecía ir siendo poco á poco de los otros. Hasta se empeñaron en que no velase el cadáver de su mujer, porque ya había demasiada gente. Él al principio se negaba á obedecer; después, irritado, había tenido la idea de coger el dinero que estaba en la cómoda, los ciento veintisiete francos, para estar seguro de que no desaparecerían. Elisa al abrir los cajones debía haberlos visto, así como el pliego de papel sellado que había sido inútil, lo cual la había hecho hablar en voz muy baja con la Grande, y desde entonces era desde cuando se encontraba enteramente tranquila, porque sabía que no existía testamento alguno y que por lo tanto se hallaba en su casa.

Pero en fin, el dinero no sería para ella; porque en medio de vagos temores que despertaba en Juan la idea del mañana, se consolaba pensando que al menos le quedaría aquella cantidad.

El viudo pasó la noche sentado en una silla.

Al día siguiente temprano, á las nueve de la mañana, se verificó el entierro que fué muy decente, y al cual asistieron el matrimonio Charles y los Delhomme con su hijo.

Juan lloraba, Buteau fingía secarse los ojos, que se hallaban perfectamente secos. Á última hora Elisa declaró que era tal su pena, que le sería imposible acompañar el cadáver hasta el cementerio. Así fué que se quedó sola en la casa, en tanto que la Grande, Fanny, la mujer de Becú y otras vecinas formaban parte del fúnebre cortejo.

Y á la vuelta del entierro, toda aquella gente en la previsión de lo que iba á pasar, hacía la entretenida en la plaza de la Iglesia para presenciar el espectáculo.

Hasta entonces Juan y Buteau habían rehuído cuidadosamente el mirarse, temiendo que se armara una batalla allí mismo, sobre el cadáver aun caliente de Francisca; pero ahora uno y otro con paso resuelto se encaminaban hácia la casa y se miraban de reojo. En seguida comprendió Juan la razón de que Elisa no hubiese ido al entierro. Había querido quedarse allí con objeto de desembarazarse de lo que le estorbaba. Una hora le bastó para tirar por encima de la tapia al corral de la mujer de Frimat una porción de lios y paquetes, y en seguida echó de la casa á Laura y á Julio, que, como de costumbre, se estaban arañando, y al tío Fouan, que se sentó en un banco

del corral. La casa había sido reconquistada.

—¿A dónde vas?— preguntó bruscamente Buteau, deteniendo á Juan á la entrada.

—A mi casa.

—¡Tu casa! ¿cuál es tu casa?... Aquí no, amigo mío: esta casa es nuestra.

Elisa había acudido, y con los brazos en jarra chillaba y gruñía, más violenta y más insultante todavía que su marido.

—¿Eh? ¿qué? ¿Qué es lo que quiere ese podrido?... Bastante tiempo ha estado envenenando la sangre á mi pobre hermana, que á no ser por eso no se hubiera muerto de la herida que se causó. Bien claro ha mostrado sus deseos no dejándole nada de sus bienes.... ¡Pégale, Buteau, pégale y que se vaya! ¡Que no entre aquí, no nos contagie su enfermedad!

Juan, indignado ante aquel ataque brusco, quiso discutir todavía.

—Ya sé que la casa y las tierras vuelven á ser vuestras. Pero á mí me corresponde la mitad de los muebles y de las bestias....

—¡La mitad! ¡Háse visto descaros semejante! —replicó Elisa interrumpiéndole.— ¡Cochino! ¡te atreverías á llevarte la mitad cuando viniste aquí poco menos que en camisa! ¡Para eso sirves tú, para que te mantengan las mujeres, y por eso te casaste con mi hermana! ¡Canalla, bonito oficio!

—Tiene razón— dijo Buteau apoyando á su mujer;—lárgate.... Venías vestido y vestido te vas; nadie te pide la ropa que tienes puesta.

La familia, las mujeres, especialmente Fanny y la Grande, retiradas un poco de la casa, parecían aprobar todo aquello con su silencio. Entonces

Juan, pálido de rabia al oír aquellos insultos, se puso furioso y gritó tanto como los otros.

—¡Ah! de manera que queréis escándalo.... ¡Pues bien, lo habrá y ya veremos quién es más fuerte! En primer lugar voy á entrar, porque hasta que se hagan las particiones la casa es mía. Luego llamaré al señor Baillehache, que lo sellará todo y me encargará de su custodia..... Estoy en mi casa, ¡vosotros sois los que os váis ahora mismo á la calle!

Se dirigió á Elisa con ademán tan terrible, que ésta se apartó de la puerta. Pero Buteau se abalanzó á él; la lucha se entabló á brazo partido, y los dos hombres abrazados rodaron por el suelo de la cocina.

Juan se empeñaba en no marcharse, los otros dos tampoco querían salir. Buteau gritaba:

—Además de que esto es nuestro, nos das asco.

Y de nuevo fué á acometer al otro; pero su cuñado cogió una silla y se la tiró á los pies, y ya se dirigía á la habitación contigua para refugiarse allí, cuando la mujer se acordó del dinero, de los ciento veintisiete francos que había visto en un cajón de la cómoda. Creyó que iba á cogerlos, y anticipándosele, abrió el cajón y dejó escapar un grito de dolor.

—¡El dinero! ¡este granuja ha robado el dinero esta noche!

Desde aquel momento Juan estuvo perdido porque tuvo que defender su bolsillo. Gritaba que el dinero era suyo, que no tenía inconveniente en liquidar y que estaba seguro de que aun saldrían debiéndole. Pero ni la mujer ni el marido le hacían caso; la mujer había caído sobre él y le gol-

peaba más rudamente que su marido. De un violento empujón furioso, lo echaron de la habitación y entraron de nuevo en la cocina, por donde rodaron los tres revueltos, abrazados, golpeándose contra todos los muebles en una lucha encarnizada y horrible. A puntapiés Juan se defendía de Elisa. Ella no se daba por vencida y le clavaba las uñas en el cuello, en tanto que Buteau, haciendo un esfuerzo, logró echarle á la calle.

El matrimonio se quedó allí defendiendo con sus cuerpos la entrada de la casa.

—¡Ladrón! ¡que nos ha robado nuestro dinero!.... ¡Ladrón! ¡ladrón! ¡ladrón!

—Bueno; iré á dar cuenta al juez de Chateaudun y me devolverá mi casa y os llevaré á los tribunales y reclamaré daños y perjuicios..... ¡Ya nos veremos!

Los otros de la familia, al ver que se venían á las manos, se alejaron prudentemente, temiendo que si había proceso les hicieran ir á declarar.

Los chicos Laura y Julio acudieron ya tan amigos y tocando el tambor en una cacerola vieja que hacía un estrépito endiablado. Solamente el viejo Fouan, que se había quedado solo en el corral, no tomaba parte en la satisfacción que el matrimonio Buteau experimentaba al verse dueños del campo.

De pronto Buteau se puso serio y exclamó:

—¡Demonio! ¡se ha ido por allí arriba! ¡Con tal de que no se le ocurra hacer algún destrozo en las huertas!

La cosa era absurda; pero así y todo, Buteau echó á correr, porque no sabía contener la impaciencia hasta saber á qué atenerse.

Juan, en efecto, había subido hacia el llano por no pasar por el pueblo, y por costumbre había tomado instintivamente el camino de la Borderie. Cuando Buteau le vió, pasaba precisamente por junto á la parcela de tierra de labor; pero no se detuvo, sino que se contentó con echarla una mirada de odio como acusándola de su desgracia.

Juan iba sin saber adónde. Al principio tuvo el propósito de dirigirse á Cloyes, á casa del señor Baillehache, para hacer que le hiciese entrar nuevamente en posesión de la casa. Luego su cólera desapareció. Si hoy volvía á la casa, mañana de todos modos tendría que abandonarla. ¿A qué, pues, ocuparse en semejante cosa?

De pronto, sin saber cómo, Juan levantó la vista y se encontró delante de la Bordiere. El instinto le hacía buscar la granja como quien busca un refugio, porque si no se iba del pueblo, sólo allí encontraría medio de ganarse la vida. Hourdequin le había estimado siempre mucho y no dejaría de recibirlo como estaba antes de casarse.

Pero cuando iba á entrar, quedóse sorprendido é intranquilo al ver á lo lejos á Santiaguilla que cruzaba el corral corriendo como una loca. Daban las once; llegaba en el momento de una catástrofe terrible. Aquella mañana, al bajar antes que la criada, la mujer había encontrado al pie de la escalera la trampa de la cueva abierta, aquella trampa tan peligrosamente colocada; y Hourdequin estaba en el fondo, muerto, con la cabeza destrozada contra el filo de un escalón. Había gritado, los criados habían acudido, en la granja reinó un espantable desorden, una terrible consternación. Ahora el cadáver del dueño de la gran-

ja yacía sobre un colchón, de cuerpo presente, en el comedor, en tanto que en la cocina Santiaguilla se volvía loca, con la cara descompuesta y sin derramar ni una lágrima.

Cuando Juan entró, ella habló, sintiéndose en cierto modo consolada.

— Bien lo decía yo, y por eso deseaba que cambiaran de sitio esa maldita trampa.... Pero ¿quién ha podido dejarla abierta? Estoy segura de que anoche quedó cerrada. Por más que me devano los sesos no sé poner esto en claro.

— ¿De modo que el amo bajó antes que vos?— preguntó Juan asustado.

— Sí, apenas amanecía.... Yo estaba durmiendo. Me pareció que me llamaban, pero sin duda estaba soñando.... ¿Quién ha podido dejar la trampa abierta? ¡Ah! ¡yo me voy á morir!

Juan, que acababa de concebir una sospecha, la rechazó en seguida. Santiaguilla no tenía el menor interés en aquella muerte; su dolor era sincero.

La joven, anonadada, abatida, se dejó caer en una silla; y el amo, con quien ella pensaba casarse para ser su heredera legítima; el amo, que la había prometido dejárselo todo, moría sin haber tenido tiempo de hacer testamento; y lo peor era que ni siquiera podría cobrar su salario, porque llegaría pronto el hijo de Hourdequin á echarla de allí ignominiosamente, como lo había jurado. ¡Nada! ¡unas cuantas alhajas y la ropa que tenía puesta!

En lo que no pensaba Santiaguilla era en el viejo pastor Soulas, á quien había logrado despedir el día antes, á pesar de que Hourdequin se había resistido un poco.

Soulas, despedido con buenas palabras y buenas promesas, había mirado á su amo fijamente y con expresión extraña. Y luego empezó á desahogarse echándole la culpa á las puterías de Santiaguilla, á quien acusó de entregarse á todo el mundo, como él la había visto en más de una ocasión.

En vano quiso su amo interrumpirle; el viejo lo había contado todo, todo lo que sabía y todo lo que sospechaba. Santiaguilla ignoraba esa delación, porque Hourdequin había huído como un loco por aquellos trigos de Dios, temeroso de matarla si la volvía á ver. Cuando el amo regresó, se contentó con despedir á Trou con el pretexto de que era muy sucio y no hacía nada. Entonces ella tuvo una sospecha, pero no se atrevió por lo mismo á defenderle, dejando para el día siguiente el trabajo de conseguir que lo volviesen á admitir. Y todo esto desaparecía confusamente de su ánimo en aquel momento de una catástrofe terrible que daba en tierra con la labor asidua de diez años de cálculo.

Juan estaba solo con ella en la cocina cuando se presentó Trou. Santiaguilla no le había visto desde el día antes. Al verle entrar dió un grito.

—¡Tú has sido!—exclamó—¡tú has sido quien abrió la trampa!

Bruscamente lo comprendió todo.

—¡Tú, tú abriste la trampa y le llamaste para que se cayese!

Juan, asombrado, dió un paso atrás. Ni uno ni otro parecían acordarse de que estaban allí; estaban locos.

Trou, con la cabeza baja y la voz enronquecida, confesaba su crimen.

Ella, rígida, le escuchaba. Él le explicaba que sus celos eran la causa de todo.

—Supuse que después de muerto tú te alegrarías..... Si no te dije nada, fué porque no desbarataras mis planes..... Y ahora, ahora que ya no existe, vengo por tí á que nos vayamos y nos casemos.

—¡Tú, miserable! no te quiero; no quiero nada contigo. ¡Semejante barbaridad antes de que me casase con él, antes de que fuera su heredera legítima! ¡Animal! ¡Véte de aquí, bestia! ¡Estás loco! ¡Véte!

Él se sintió acometido de un ataque furioso. ¡Cómo! ¡ahora resultaba que había matado para nada, que era asesino sin resultado!

—Vamos, vamos, bestia..... ¡Pues no te has de venir! ¡Anda, ó te hago lo que al otro!

Santiaguilla se dirigió hacia él con los puños cerrados.

—¡Inténtalo, y veremos, asesino!.... Vamos, véte, no quiero verte; prefiero no volver á tener hombre en mi vida, á que me toques.

—¡Pues muerta ó viva, te tendré!—gritó saliendo de la habitación.

Ella le vió alejarse de la granja, y al volverse y ver á Juan en un rincón, tuvo un momento de terrible franqueza.

—¡Ah! ¡con qué gusto haría que lo cogiesen los gendarmes, si no temiese verme envuelta en la causa!

El espanto de lo que acababa de oír helaba la sangre de Juan, que no sabía ni qué hacer ni qué decir. La mujer empezó á llorar y se echó en sus brazos diciendo que era muy desgraciada y rogán-

dole que se la llevara con él, Juan comenzaba á sentirse verdaderamente en situación difícil, cuando el señor Baillehache, el cuñado de la víctima, se bajó de su carruaje á la puerta de la granja. Entonces Santiaguilla se dirigió al notario y dió rienda suelta á su desesperación.

Juan se escapó de la casa, y sin saber cómo se encontró en medio del campo. Pero no veía nada, espantado ante aquella terrible historia, al desenlace de la cual acababa de asistir. El egoísmo feroz le obligaba á alejarse de allí precipitadamente, á pesar del dolor que experimentaba acordándose del señor Hourdequin, aquel amo que había sido siempre tan bueno para él. No tenía para qué delatar á Santiaguilla y á su querido, porque la justicia comprendería bien pronto que ellos eran los criminales.

Al llegar á las primeras casas de Rognes, se detuvo un momento y respiró. El recuerdo de Francisca acudía á su memoria y le emocionaba profundamente. Entonces se acordó también que había ido á la granja á pedir trabajo; entonces, pensando en su situación, sin saber á qué puerta llamar, recordó que Charles estaba buscando un jardinero hacía ocho días. ¿Por qué no había de ir á ofrecerse? Tal vez su parentesco sería una recomendación. Inmediatamente se dirigió á su casa.

Era la una; los Charles acababan de almorzar cuando la criada le hizo entrar en el comedor. Precisamente Elodia estaba sirviendo el café, y el señor Charles, después de hacer que se sentase el primo, quiso le dieran una taza también; éste aceptó; pero cuando se vió sentado á la mesa de

los burgueses, ya no se atrevió á solicitar la plaza de jardinero.

Un momento después entró la criada anunciando que los Delhomme estaban allí, y Juan quedó olvidado.

—Que entren — dijo Charles — y traed más tazas.

Para los Charles se trataba de un asunto importante desde aquella mañana. Al salir del cementerio, Ernesto los había acompañado hasta su casa, y mientras la señora de Charles entraba con Elodia, él detuvo al marido; se había presentado francamente como comprador del 19, si llegaban á un acuerdo. A oírlo, la casa, que él conocía muy bien, sería vendida en un precio ridículo. Vaucogne no encontraría quien le diese ni cinco mil francos por ella en el estado en que la había dejado; era necesario variarlo todo, desde los muebles hasta las mujeres, que no valían nada.

Durante media hora estuvo poniéndole á su tío la cabeza como un bombo á fuerza de despreciar la casa y el negocio. Al fin Ernesto dijo que después de almorzar volvería con su padre con objeto de hablar seriamente.

Cuando el señor Charles entró en su casa y habló con su mujer, ésta se admiró de las aptitudes de su sobrino. ¡Ah! si su yerno hubiese tenido la mitad siquiera, ¡cuán de otro modo hubiese ido el negocio!

Cuando estuvieron sentados á la mesa, les sirvieron café, y Ernesto empezó á dirigir galantezas á Elodia. Por la mañana el joven no había hablado más que de la mitad del negocio; pero su plan era mucho más vasto: no solamente quería

la casa número 19, sino también á su prima. Su operación y el negocio eran así muy sencillos y muy baratos, pues por de pronto no había nada que desembolsar, y después heredaría una pingüe fortuna de los Charles.

Durante un rato se habló del tiempo y de cosas indiferentes. Luego, de pronto, cuando hubieron acabado de tomar el café,

—Hijita—dijo bruscamente el señor Charles á Elodia—¿por qué no vas á dar una vuelta por el jardín?

Y es que tenía prisa por saber á qué atenerse.

—Perdonad, tío—dijo Ernesto—pero yo quisiera que Elodia no se fuese, porque tengo que hablar de una cosa que le interesa.

Y levantándose, pidió su mano como un muchacho fino y bien educado debe hacer.

La sorpresa de todos fué muy grande. Pero sobre todo Elodia pareció tan conmovida, que abandonando su asiento y echándose á llorar, se abrazó al cuello de su abuela, en tanto que ésta se esforzaba por tranquilizarla.

—¡Vamos, vamos, hija mía, sé razonable!... No te se van á comer porque pidan tu mano.... Tu primo no tiene nada de malo; vamos, no seas tonta y míralo.

—¡Caramba, hijo mío!—añadió el señor Charles—te aseguro que no esperaba esa petición. Acaso hubiera sido mejor decírmelo antes, y no que mira el mal rato que está pasando tu prima.

El señor Charles reflexionó en un momento que Ernesto no era un mal partido: joven, simpático, trabajador, activo é hijo de unos labradores ricos. Su nieta no podía pedir más. Así es que después

de cambiar una mirada de inteligencia con su esposa, continuó:

—Ya comprenderás que nosotros no podemos decir ni sí ni no. Es cosa de la niña, á quien no hemos de contrariar, porque en eso no queremos más que lo que ella quiera.

Entonces Ernesto, galante enamorado, renovó su petición.

—Prima, si quisieras hacerme el honor y el placer....

Ella seguía con la cabeza sobre el seno de su abuela, pero no le dejó concluir, sino que aceptó, haciendo tres movimientos afirmativos sin levantar la cabeza.

La señora de Charles la besó los cabellos murmurando:

—¡Pobrecita mía! ¡pobrecita mía!

—Pues entonces puesto que á ella le parece bien, á nosotros no nos parece mal; pero naturalmente, hijo mío, abandonamos el otro plan, el proyecto de que me hablabas esta mañana.

Ernesto se asombró.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué?.... Porque..... ¡vamos, ya me entiendes..... Porque no la hemos tenido hasta los veinte años en un colegio de monjas para que ahora se dedique.... Vamos, ya comprendes....

—¡Ah! no, declaró Ernesto francamente. Eso ya no me conviene.... Me caso para establecerme.... Quiero á mi prima y la casa....

—¡La confitería!—exclamó la señora de Charles.

Y aceptando la palabra, siguieron discutiendo á medias palabras, declarando el joven y su padre que era una locura dejar el negocio, que aquello no

podía ser abandonado. La joven los miró y dijo de pronto:

—Mi primo tiene razón. No se debe abandonar eso.

La señora de Charles, asustada, murmuraba:

—Pero hija mía.... si tú supieses....

—Ya lo sé.... Hace mucho tiempo que Victorina me lo dijo.... Victorina, aquella criada que se fué de casa por lo que le gustaban los hombres.... Lo sé, he pensado mucho en ello, y os aseguro que ese es un negocio que no se puede, que no se debe abandonar.

Sus abuelos estaban con la boca abierta. ¡Cómo conocía el número 19, el negocio que allí se explotaba, el dinero que producía, y hablaba de todo ello con tanta serenidad? ¡Ah! ¡la inocencia! ¡Cómo habla de todo sin avergonzarse de nada!

Pero los dos abuelos creían en un sacrificio que querían ahorrar á la muchacha.

—¡Oh! hija mía, hija mía—exclamaban;— eso no puede ser, no puede ser.

Pero la joven, besando el anillo de su madre que llevaba al dedo, como si besase una reliquia.

—Sí, sí, dejadme con mi idea—decía;—quiere ser lo mismo que mamá. Lo que ella hizo bien puedo hacerlo yo; no hay en ello deshonor, porque también vosotros lo hicisteis antes.

Entonces se produjo la escena más conmovedora del mundo, de lágrimas y suspiros y abrazos.

Cuando el señor Charles, dominando un poco su emoción, pudo hablar, abrazó á su nieta otra vez, diciendo:

—Tu padre nos ha dado muchos disgustos; tú en cambio, tú, ángel mío, eres nuestro consuelo.

Su abuela la abrazó también.

—¿De modo que es negocio convenido?—preguntó Ernesto, que quería formalizar el compromiso.

—Sí, convenido.

Y desde aquel momento se empezó á hablar tranquilamente del pormenor de las condiciones.

Juan, que no se encontraba á gusto, comprendiendo que estorbaba, acabó por llamar aparte al señor Charles y le habló de la plaza de jardinero. La fisonomía del señor Charles adquirió tintes de gravedad: ¡hacer criado de su casa á un pariente suyo! Eso no podía ser. ¡Jamás! además, la plaza estaba dada desde el día antes.

Y Juan se marchó en tanto que Elodia con su voz purísima de virgen decía que si su papá seguía haciendo tonterías, ella se encargaba de hacerle entrar en razón.

Cuando Juan se encontró fuera de aquella casa, acertó el paso y empezó á pensar dónde iría á pedir trabajo. De los ciento veintisiete francos había pagado el entierro de su mujer, la cruz y el nicho en el cementerio. Apenas le quedaba la mitad del dinero; con él iría tirando algún tiempo, y luego ya vería. Lo malo era no poder marcharse de Rognes á causa del proceso que tenía. Dieron las tres, luego las cuatro, después las cinco.

No sabía dónde ir. De pronto se acordó que había dejado en la casa dos pantalones y una chaqueta, y decidió ir por ellos.

Cuando Juan entró en el corral, anochecía y no pudo distinguir al viejo Fouan que seguía sentado en su banco. Cuando llegó á la puerta de la cocina donde había luz, Buteau le conoció y le salió al encuentro.



—¡Por vida de Dios! ¡Otra vez tú!.... ¿A qué vienes aquí, qué quieres?

—¡Mis dos pantalones y mi chaqueta!

Empezó otro disgusto. Juan se obstinaba en que le dieran su ropa, y Buteau en negársela. De pronto se oyó la voz de Elisa que gritaba desde dentro:

—Anda, dale esos trapos; ¡tú no te los has de poner, porque están podridos!

Los dos hombres callaron, y Juan aguardaba, cuando oyó su espalda la voz del abuelo que decía:

—¡Véte, véte de ahí, hombre, ó te matarán como han matado á la pobrecita!

Aquello fué un rayo de luz. Juan lo comprendió todo: la muerte de Francisca y su obstinado silencio. Había tenido alguna sospecha; ahora ya no dudaba de que la infeliz había salvado á su familia de la guillotina. Sintió un estremecimiento nervioso; la sangre se le helaba en las venas. En aquel momento Elisa le tiraba la ropa, insultándole nuevamente. Él, sin decir palabra, la recogió del suelo y se alejó de allí. Cuando se vió en la carretera, volvió la cabeza y blandiendo el brazo en ademán amenazador, gritó una palabra que sonó como un trueno:

—¡Asesinos!!

Después desapareció en la obscuridad de la noche.

Buteau quedó anonadado, porque había oído la frase del abuelo Fouan y el grito de Juan le llegaba al corazón como si fuese una bala. ¡Cómo! ¡Jirían á mezclarse en el asunto los gendarmes, ahora que él lo creía todo enterrado con el cadáver de Francisca?

Buteau entró en su casa tan mal y tan conmovido, que ya no pudo acabar de comer. Elisa, al saber lo ocurrido, se echó á temblar también y dejó la comida. Había pensado el pasar una noche feliz viéndose de nuevo en posesión de su casa, y fué aquella una noche de angustia horrible y de maldiciones para su padre.

—¡Y pensar que no tenía acá más que soplarle para que muriese! Vive para nuestro daño nada más, puesto que lo sabe todo!

Uno y otro estaban locos de terror, de pensar que el viejo podía causar su pérdida, tal vez inconscientemente. ¡Ah! era preciso poner término á semejante situación.

—Voy á ver si duerme — dijo Elisa bruscamente.

Y encendió una vela, se aseguró de que dormían tranquilamente Laura y Julio, y en camisa penetró en la habitación donde descansaba su suegro. Cuando volvió tiritaba, y abrigándose con la manta se abrazó á su marido, que la estrechó en sus brazos para hacerla entrar en calor.

—¿Qué hay?

—Hay, que duerme y que está con la boca abierta porque se ahoga, le falta aire.

Reinó el silencio; pero aunque estaban abrazándose cada vez más uno y otro, se adivinaban el pensamiento. ¡Era tan fácil acabar con aquel viejo que siempre estaba ahogándose! Nada, un pañuelo en el cuello, apretar un poco.... y se acabó.

Buteau seguía estrechando á Elisa entre sus brazos. Los dos ardían como si su mismo deseo les encendiese la sangre. De pronto él la dejó y de un salto se bajó de la cama.

—¡Voy á verlo yo también!—dijo.

Y se fué con la vela encendida, en tanto que ella, conteniendo la respiración, con los ojos muy abiertos, escuchaba atentamente. Pero transcurrían los minutos y de la habitación contigua no llegaba ruido alguno á sus oídos.

De pronto oyó los pasos de su marido, que descalzo, sin luz, se acercaba á tuestas á la cama y le murmuraba al oído.

—¡Ven! yo solo no me atrevo.

Elisa se levantó y siguió á Buteau con los brazos extendidos para no tropezar. Ya no sentían frío; hasta la camisa les estorbaba. La vela estaba en el suelo en un rincón del cuarto donde dormía el viejo. Este estaba tan rígido, tan descarnado por la edad y por los males, que se le hubiera creído muerto sin la fatigosa respiración que trabajosamente se le escapaba del pecho. Los dos le miraban silenciosos, temblando, cogidos de las manos y apretándose uno contra otro. Se fueron, volvieron á entrar. ¡Era tan fácil y tan difícil, sin embargo, hacer lo que pensaban! Sus lenguas secas, pegadas al paladar, no podían decir palabra. Sólo hablaban sus ojos. Con ellos Elisa le había señalado á la almohada. Vamos, ¿qué esperaba? y él, agitando los párpados nerviosamente, no se movía. Bruscamente Elisa, exasperada, cogió la almohada y la apretó sobre la cara del anciano.

—¡Cobarde! ¡todo lo hemos de hacer las mujeres!

Entonces Buteau se acercó, echó todo el peso de su cuerpo sobre su padre, en tanto que ella, subiéndose en la cama, se sentaba en la almohada apretando furiosamente su trasero desnudo de yegua hidrópica.

Aquello fué el delirio. Uno y otro apretaban con los brazos, con las piernas, con las rodillas. El viejo había dado una sacudida violenta, y sus piernas se habían estirado con ruidos parecidos á los resortes de acero que se rompen. Pero aquello duró poco. Otro estremecimiento, un apagado suspiro, y luego, nada, nada, quietud absoluta.

—Creo que ya está—dijo Buteau con voz ahogada.

Elisa continuaba sentada, pero sin moverse ya, sino observando si el viejo daba señales de vida.

—Ya está; no se mueve.

Dejóse caer al suelo sin cuidarse de que la camisa se le arrollaba á la cintura, y quitó la almohada. Pero los dos lanzaron un gemido de espanto.

—¡Ira de Dios! ¡se ha puesto negro y nos hemos amolado!

Con efecto, el cadáver se hallaba en un estado que era imposible decir que espontáneamente se había puesto de aquel modo. En su furioso encarnizamiento lo habían destrozado por completo, aplastándole la nariz y desfigurándole los ojos. Además estaba horriblemente amoratado. Ambos pasaron un momento de miedo y de angustias inexplicables. Ya creían oír el galope de los caballos de los gendarmes; ya creían ver el cortante filo de la guillotina.

De pronto Elisa tuvo una idea.

—¿Y si lo quemásemos?

Buteau, más tranquilo, respiró libremente.

—Sí, diremos que se prendió fuego él mismo. Luego, acordándose de los títulos al portador

que tenía su padre, se dió una palmada de satisfacción en la frente y su semblante se animó á impulsos de la risa.

—¡Ah! ¡demonios! ¡eso es! Les haremos creer que ha quemado los papeles también.... Así no tendremos que dar cuentas á nadie.

En seguida fué en busca de una vela. Pero ella, que temía prender el fuego, cogió un manojito de paja, y vacilante, después de encenderlo á la llama del cabo de vela, empezó á chamuscar el pelo y la barba del anciano, que estaban muy crecidos y completamente blancos.

De pronto uno y otro retrocedieron con espanto, balbucientes, con los ojos fuera de sus órbitas, como si una mano de hielo les hubiese cogido por el cuello. En el horrible sufrir de las quemaduras, el anciano, que no estaba ahogado del todo, acababa de abrir los ojos, y aquella máscara horrenda, atroz, negra, con la nariz rota y la barba ardiendo, los contempló un momento. En la fisonomía del moribundo se retrató una espantable expresión de dolor y de odio. Luego todas las facciones se descompusieron. Estaba muerto.

Buteau, loco ya, fuera de sí, daba un grito de furor cuando oyó que lloraban al otro lado de la puerta. Eran los dos chiquillos, Laura y Julio, en camisa, despiertos por el ruido, atraídos por la claridad de la llama hacia la alcoba de su abuelo que estaba abierta.

—¡Malditos chicos!—gritó Buteau precipitándose hacia ellos;—si chilláis, os ahogo.... ¡Para que os acordéis!

Y de dos tremendas bofetadas les hizo rodar por el suelo. Se levantaron, y sin decir una palabra,

sin derramar una lágrima, apretados uno contra otro, se acurrucaron en su colchón.

Buteau quiso concluir, y á pesar de su mujer, prendió fuego al jergón.

Afortunadamente la habitación era tan húmeda, que la paja ardía muy poco á poco. Salía una humareda espesa que les ahogaba y que les obligó á abrir la ventana. Las carnes del anciano chisporroteaban en la hoguera; sobre los flejes de la cama de hierro en esqueleto no quedada más que aquel cadáver medio calcinado, desfigurado, desconocido.

—Vámonos—dijo Elisa, que á pesar del calor tiritaba de nuevo.

—Espera—contestó Buteau;—hay que arreglar las cosas.

Puso á la cabecera de la cama una silla, y en ella la vela del viejo caída, para hacer creer que la llama habría prendido el jergón. Hasta tuvo la precaución de quemar algunos papeles en el suelo. Se encontrarían las cenizas, y él diría á todo el mundo que el día antes su padre había descubierto el escondite de los papeles y se los había llevado otra vez.

—Ya está todo; ¡ahora á la cama!

Buteau y Elisa precipitadamente, empujándose uno á otro, se metieron en su cama; pero la ropa estaba helada, y tiritando, se abrigaron fuertemente para entrar en calor. Al fin, en medio de estremecimientos de terror, se adormilaron, aunque sin dormirse.

Al día siguiente la vecindad acudía presurosa á los gritos desesperados de Buteau. La mujer de Frimat, con otras vecinas, vieron la vela caída en-

cima de la silla, la cama medio destruida, el jergón á medio arder, los papeles reducidos á cenizas. Todas decían que forzosamente había de concluir así, y que ellas lo habían predicho desde que el viejo se había vuelto otra vez á la edad de los chiquillos. ¡Y gracias, gracias á que toda la casa no había ardido con él!

## VI.

Dos días después, la mañana misma en que debía ser enterrado el tío Fouan, Juan, rendido por una noche de insomnio, se despertó muy tarde en el cuartito que ocupaba en casa de Languigne. Aun no había ido á Chateaudun al asunto de su pleito, única cosa que lo retenía en Rognes; todas las noches dejaba el negocio para el día siguiente, cada vez más vacilante á medida que su cólera se calmaba; y lo que le había tenido aquella noche inquieto, temeroso, desvelado, febril y sin saber qué decisión tomar, era el último combate que libraba.

¡Esos malditos Buteau! ¡asesinos bestiales, á los cuales todo hombre honrado debía hacer que les cortasen la cabeza! En cuanto supo la muerte del viejo, comprendió lo que había pasado. Aquellos infames acababan de asesinarlo, sin duda para que no hablase, y sospechaba que harían lo mismo con él con igual objeto. ¿Por qué no había de denunciarlos en seguida? ¿No era eso lo conveniente y además lo honrado? Sí, decididamente así lo haría; en cuanto se levantase, los gen-

darmes del pueblo tendrían noticia de lo ocurrido.

Pero cuando á eso de las nueve Juan se tiró de la cama, metió la cabeza en una palangana llena de agua fría. Bruscamente adoptó una resolución: no denunciaría á nadie, ni siquiera entablaría el pleito para que le diesen la mitad de sus bienes. Allá ellos se las compusieran como pudieran, y se devorasen unos á otros. Mejor. A él sólo le importaba marcharse, porque no le ahogase el odio y la rabia de pensar que había pasado diez años en Rognes. ¡Él que tan contento había soltado el uniforme de soldado después de la guerra de Italia, había pasado aquellos diez años entre verdaderos salvajes! ¡Gentes que robaban y asesinaban con la mayor frescura! ¡No, no, ya basta—se decía—de estar entre estos lobos!

En aquel momento fijó distraidamente la vista en un periódico que Juan había subido de la taberna la noche antes. Tomaba interés por las noticias de la guerra próxima, por aquellos rumores de una guerra inminente que traían á maltraer á todos los habitantes de la comarca hacía ya unos cuantos días. Pensó en aquellas noticias y desaparecieron sus últimos escrúpulos de marcharse, que nacían de no saber dónde irse. ¡Sí! ¡iría al ejército, á batirse de nuevo; se reengancharía!

Vistióse, tarareando los toques de corneta que recordaba de los campos de batalla en Italia. Recordábalos con placer y sentía cierto consuelo al pensar en que podría matar cuantos prusianos quisiera.

Bajó de su cuarto y se comió un par de huevos fritos y un pedazo de jamón que Flora le sirvió. En seguida llamó á Languigne, le pidió su cuenta y la pagó.